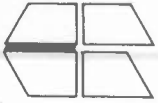


APORTES METODOLÓGICOS



EL OFICIO DEL HISTORIADOR SOCIAL

Licenciado Mario Samper K. —

La sociedad se presenta como una materia cognoscible. En el interior de ella, lo “específicamente social” tiene sus particularidades que no pueden ser reducidas a meros reflejos de lo económico. Sin embargo, lo social tampoco puede analizarse como un “objeto del saber”, en tanto que relaciones de grupos humanos, se estructura como un todo conflictivo. En

este sentido, el historiador social debe comprender que lo social sólo es inteligible dentro de espacios geográficos, económicos, políticos totales, etc. Este es el objetivo del trabajo; indicar posibles vías de apertura, como también vicios que obnubilan la investigación histórica. La historia total subyace como matriz indispensable a tal objetivo.

a) La sociedad y "lo específicamente social"

Todo historiador estudia de una u otra forma sociedades del pasado y, por lo tanto, la realidad social que constituye su objeto general de estudio, no existe como tal en el presente de modo que pueda ser sometida a estudios empíricos de tipo experimental o de observación. Tampoco es una simple creación mental, una hechura del cerebro humano que constituyera un "objeto del saber" nacido de la cabeza del historiador y no de la realidad histórica misma.

Sin entrar en una problemática epistemológica, por lo de más importante, y a la cual será necesario hacer alguna referencia, mencionemos que al

emprender una investigación histórica, nos proponemos estudiar a los hombres que vivieron en sociedad, precisamente ayer y no ahora, lo que impide conocerlos personalmente, tal como eran, aunque tal vez, en ciertos casos, los hayamos conocido anteriormente, o aún podamos conocer hoy a quienes participaron en los hechos y procesos históricos que estudiamos. Esto, con ser evidente, no deja de tener implicaciones significativas para el historiador en general y muy especialmente para el que se ocupa de "lo específicamente social".

Conocemos el pasado por sus huellas en el presente, sean éstas testimonios vivientes, documentos de cualquier naturaleza, reliquias aún funcionales o formas de fósiles que persisten solamente por la lentitud con que las ha corroído el tiempo. La evolución pasada de la humanidad explica su estado actual, así como el conocimiento de éste permite profundizar nuestra comprensión de aquélla. Pero no todas las huellas de esa

evolución son igualmente asequibles a la ciencia histórica: existe una historia muda, de ausencias testimoniales directas, al decir de Duby, que obliga a escuchar los silencios de la historia en lugar de interpretarlos como ausencia. Y existe, como hechos históricos, la deformación intencional de los registros históricos, así como la conservación privilegiada de unos en detrimento de otros, aparte de la simple y llana falsificación documental. La formación y experiencia acumulada de los investigadores en historia, suministra una adecuada dosis de desconfianza al respecto, y convierte en elemento básico la crítica interna y externa de las mismas. Pero el problema subsiste para cualquier trabajo historiográfico, y con mayor razón para aquéllos que se centran en las estructuras sociales, sus crisis, las fuerzas sociales y su movimiento en la historia. Lo anterior por varias razones:

En primer lugar, aunque "lo propio económico" (por supuesto indisolublemente ligado a "lo específicamente social" así como a todo el andamiaje del edificio social en su conjunto) está en la base de cualquier interpretación científica global de los procesos históricos, los testimonios materiales de la actividad productiva del pasado son notorios no sólo en la estructura productiva actual, sino en los restos que la arqueología y la geografía históricas estudian con gran precisión. Además, la información acerca de la producción, los bienes y las actividades económicas

de los hombres, la tecnología, etc., ha sido importante para numerosas sociedades en el pasado y fue recopilada en forma cada vez más sistemática al desarrollarse la civilización. Es por esto que historiadores económicos de nuestro tiempo unieron necesidad y posibilidad al desarrollar antes y más completamente que en otras ramas de la historia el proceso de cuantificación. En este campo, existe con frecuencia la posibilidad no sólo de obtener series estadísticas confiables y prolongadas, sino de compararlas entre sí, tanto para su comprobación como para establecer correlaciones.



Por otra parte, si bien lo político e ideológico, en el sentido más amplio del término, constituye un área polémica en la medida en que el historiador aplica retrospectivamente, en mayor o menor medida, sus valores, juicios e, incluso, prejuicios la historia centrada en los acontecimientos ha encontrado gran cantidad de material sobre los hombres y las ideas que "gobernaron" las sociedades del pasado. Los cronistas oficiales, así como los apologistas y también los críticos del orden jurídico-político e ideológico establecido, se encargaron de registrar cuidadosamente los grandes hechos que luego serían rescatados, ordenados y concatenados por la historiografía positivista, especialmente la de corte "événementielle". El problema que tratamos, a este nivel, surge más bien cuando buscamos fuentes y estudios referentes a los gobernados y su cultura. Historia política estructural es poca la que se ha hecho, al menos por historiadores profesionales, y la historia de las mentalidades colectivas está en sus primeras fases de desarrollo. En todo caso, ambas —al centrarse en grupos sociales y no en individuos— establecen relaciones de parentesco cercano con la historia social propiamente dicha. Esta última, que en muchos casos, dispone de una cantidad no despreciable de fuentes cuantitativas (cuantificadas o cuantificables), ha sido parte integrante aunque secundaria de otros enfoques históricos, tanto sectoriales como globalizantes, sin mencionar la atención que han dedicado otras ciencias sociales



a temas estudiados hoy por la historia social. Indudablemente, las estructuras y coyunturas sociales, las polaridades y conflictos de fuerzas sociales, son un eje fundamental para cualquier estudio de la sociedad humana. La sociología, especialmente, a partir de su estudio contemporáneo de estos aspectos en una diacronía inicialmente reducida, ha

ampliado su perspectiva histórica en un intercambio metodológico positivo con la historia. Por otra parte, aunque en la ciencia histórica se ha diferenciado una rama centrada en la interrelación solidaria o antagonica de los hombres en cuanto miembros de grupos, organizaciones, clases, o naciones, ésta mantiene o debe mantener —al igual que cualquier otra rama— una visión y vocación globalizantes. Se estudia, en este caso, “lo específicamente social”, para entender “la sociedad”. De lo contrario, no sabríamos para qué se estudia.

El trabajo de investigación focalizado en las relaciones sociales (en el sentido expresado) tiene, sin embargo, el inconveniente de que precisamente por ser un nudo explicativo esencial de la totalidad social estructurada, la información acerca de ciertos procesos tiende a ser restringida, incompleta o parcializada desde la fecha misma de los acontecimientos (v.g. las “versiones oficiales” de un conflicto político-militar), o se registran datos valiosos pero representativos solamente de un subgrupo de acontecimientos, personas o procesos, a partir del cual resulta difícil extrapolar (v.g. los detenidos o muertos a raíz de un movimiento de protesta). En cuanto a la estructura social misma, cuando existen estadísticas pertinentes con algún grado de confiabilidad, las categorías de clasificación utilizadas responden de antemano a una determinada concepción acerca de las relaciones sociales, por ejemplo las ramas de activi-

dad, oficios y relaciones ocupacionales en el caso de los datos modernos y los protoestadísticos acerca de la población laboral.

Lo anterior no implica en absoluto que haya carencia de información para una historia social científica en que la cuantificación pueda jugar un papel importante, sobre todo para los últimos dos o tres siglos. Con frecuencia, en los períodos en que se agudizan los antagonismos sociales se multiplican los informes testimoniales, y de otro tipo, precisamente porque se estremece todo el edificio de la sociedad:

“... en períodos críticos, en los cuales el movimiento de las estructuras materiales y políticas termina por repercutir en el plano de los sistemas ideológicos y agudiza su antagonismo. En el curso de tales crisis, revueltas, empresas de reforma o revoluciones por ellas generadas, aparecen claramente las estructuras latentes, normalmente ocultas. . . Para la observación histórica, el movimiento privilegiado es aquél en que el combate toca a su fin”¹.

Ahora bien, si la historia social se interesa primordialmente por aquellas estructuras, crisis, fuerzas y movimientos sociales que afectan decisivamente —en cualquier sentido— al conjunto de la sociedad (a todos o la gran mayoría de sus miembros, a los sectores fundamentales que la componen y a los diver-

sos niveles de la misma), ello implica también la necesidad de apoyarse en el conocimiento histórico acerca de las formas específicas de relación entre sus elementos constitutivos: cómo se integran en esa totalidad concreta los componentes geográficos, técnicos, de relación productiva entre los hombres, estatales, jurídicos, y espirituales cuya distinción tajante es un recurso analítico, por lo demás inútil si no logramos reconstruir una síntesis profundizada de las interrelaciones esenciales.

Así como una historia política y de las mentalidades deviene superficial o aislada, si no se ubica en el contexto brindado por la historia económica y social (y sin que esto implique un determinismo mecanicista que reduzca lo superestructural a un simple reflejo de la base material), tampoco una historia específicamente social puede separarse del tipo y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que constituye el referente básico de sus posibilidades y limitaciones reales. En historia como en política, si actuamos desconociendo las condiciones materiales es imposible alcanzar nuestro objetivo de conocer y transformar la realidad social.

Pero además, al interior de "lo específicamente social" hay distintos niveles de análisis que responden al modo en que se desarrollan efectivamente los procesos sociales. No podemos comprender plenamente las coyunturas críticas en sí mismas, sino en el contexto

de la evolución estructural, como no podemos entender las luchas específicas sin enmarcarlas en las tendencias de desarrollo y el peso relativo de las fuerzas en pugna. De ahí que un listado cronológico lineal de crisis o movimientos sociales pueda ser de utilidad a nivel puramente informativo, como sistematización de datos, pero la formulación de explicaciones que pretendan ser científicas no puede basarse únicamente en la recopilación y tabulación de los mismos, a riesgo de imponerle a la realidad moldes preconcebidos, al saltar arbitrariamente del acontecimiento a la interpretación —subjetiva, quíerese o no— del mismo.

Por lo expuesto se comprende que la distinción entre la sociedad en sentido general y lo social en sentido restringido, sólo es válida hasta cierto punto. La ciencia, como el ojo humano, puede ver el conjunto o centrar su atención en un aspecto del mismo, pero la realidad observada es una sola, no por eso homogénea ni exenta de contradicciones. El estudio de la particularidad es necesario para profundizar la comprensión del todo, y sin el conocimiento de lo general difícilmente se comprende lo específico, la parte o el caso.

La especialización es un imperativo de la historia científica, sea ésta económica, demográfica, social, política, de mentalidades, u otra. Pero también lo es el trabajo interdisciplinario basado en el aporte de las diversas ciencias so-

ciales y ramas de la historia. En ese sentido, la "vocación de síntesis" expresada por los fundadores de la escuela de los Anales plantea como posibilidad una historia social que no sea nueva rama paralela a otras anteriores, sino "historia de las sociedades" como propuso P. Chaunu. En algunos representantes actuales de dicha escuela, v.g. F. Mauro, pareciera predominar esta concepción considerada contrapuesta a la existencia de una historia "propia" social.

Desde otra perspectiva historiográfica, ya a inicios de la década del setenta, E.J. Hobsbawm señalaba la necesidad de superar las concepciones de historia social como actividad centrada exclusivamente en los movimientos populares, la vida cotidiana o el espacio entre historia política e historia económica. Agregaba que "la historia social nunca podrá ser otra especialización como la historia económica u otras adjetivadas, por cuanto su objeto de estudio no puede ser aislado. Podemos definir ciertas actividades humanas como actividades económicas, al menos con fines analíticos, y luego estudiarlas históricamente. . . Pero los aspectos sociales o societarios de la existencia humana no pueden separarse de los demás aspectos de dicha existencia, a riesgo de caer en tautologías o banalidades"².

Si bien es cierto que toda historia es social, y que el objetivo de cualquier enfoque sectorial ha de ser necesariamente aportar al conocimiento de la so-

ciedad respectiva como un todo, también lo es que "lo específicamente social" es un aspecto a nivel particular de dicha realidad, con características propias que lo diferencian de "lo propiamente económico", "lo político", etc. Esto plantea la posibilidad y conveniencia de que el método de investigación histórica se adapte a las particularidades de "lo social" cuando el interés se centra precisamente en este nivel y no en otro. Sin embargo, los aspectos sociales en sentido restringido no existen aisladamente, al margen del proceso productivo, el poder o la cultura, de modo que podría plantearse la validez de una historia centrada en los procesos de relación social, pero que los estudie como parte constitutiva de esa totalidad en cuya reestructuración constante actúan, a través de "lo específicamente social", todos los demás factores. Aun cabría pensar en cierto grado de especialización al interior de una historia social así concebida, de modo que podría existir una historia "socioeconómica", "sociopolítica", "sociocultural", etc., que requeriría a su vez de una integración propia, y además se constituiría en especie de puente entre historias sectoriales, como la propiamente política, y una historia totalizante que reconstruya la complejidad y condicionamientos múltiples de la realidad social estudiada.

La tarea sintética, globalizante, posiblemente corresponda no a un tipo o modo particular de hacer historia, si-

no a la necesidad de superar la compartimentalización que afecta a todas las ramas, y por lo tanto corresponde a la historia a secas. En consecuencia, sería tarea conjunta de los historiadores (y demás científicos sociales), así como perspectiva obligada de cada especialista en su campo. Esto es necesario, pero más fácil de plantear que de realizar. En palabras de Vilar:

“Intentar disociar los ‘niveles’ en el seno del análisis histórico, es realmente cómodo, y puede ser necesario en la técnica de la investigación. De hecho, subrayar una ‘autonomía’ de las

diversas regiones de la estructura, señalando la aparente evidencia de los efectos de las instituciones sobre las instituciones, de las ideas sobre las ideas, significa volver a los viejos procedimientos del idealismo, a los que Marx había ajustado las cuentas, e incluso a esos ‘compartimentos estancos’ de la historia universitaria, cuya nocividad Lucien Febvre se pasó la vida denunciando”.

“La ‘historia total’ tal vez sea un sueño. No debe confundirse con una literatura confusa que pretende hablar de todo refiriéndose a todo. Pero al fin y al cabo, si en la fase precientífica de la



historia, Michelet sigue siendo el más grande, es sin duda porque ha sido el que, con una intuición de genio, mejor se ha elevado en algunas ocasiones hasta una evocación global"³.

Por otra parte, tenemos la historia social limitada a las relaciones sociales (estructurales, crisis, fuerzas, luchas). Esta historia existe ya, de hecho, aún separada analíticamente de la económica, y con carácter plenamente científico.

Dicha rama de la historia, a pesar de ser reciente, ha producido interesantes ensayos de cuantificación y comienza a plantearse en concreto, a partir de estudios de caso, problemas que son importantes para el desarrollo teórico en historia, como el papel de los diversos sectores o clases en un período de transición. Sin embargo, este planteamiento de problemas teóricos es poco explícito en la mayoría de los casos, y está menos desarrollado que el manejo mismo de las fuentes. La relevancia de los problemas que estudia, en todo caso, no depende —en ésta ni en ninguna otra rama de la ciencia histórica— de su objeto específico de estudio, sino del objeto común a todas las ramas de la historia.

Para concluir, una "historia de la sociedad" que sintetice los aportes de diversos especialistas a la comprensión global de la totalidad social estructurada, en un ámbito espacio-temporal defi-

nido, tal vez sea meta común a todos los que tienen por oficio estudiar los procesos históricos, pero difícil de alcanzar para un historiador específico, salvo en casos excepcionales. Sin embargo, ninguna obra totalizante podría dejar de estudiar un tipo específico de fenómenos propiamente sociales. La profundización en éstos requiere tanto de la especialización como de la perspectiva global, de modo que se estudia "lo social" aislándolo analíticamente e integrándolo sintéticamente, a partir de una visión de conjunto y en función de ella, sin abandonar por eso el campo de la historia social propiamente dicha.

b) Objeto y método de la historia social

A fin de evitar una exposición sistemática extensa de este problema, el de la realidad histórica y la verdad en historia, parece conveniente partir de la siguiente cita de L. Halkin (que a su vez incluye otra de R. Aron), comentarla críticamente y luego presentar algunas ideas básicas al respecto, apoyándonos principalmente en A. Schaff. Citamos el párrafo completo de Halkin para dejar claro el razonamiento central, que sólo en parte compartimos:

"El paso de la realidad histórica a la verdad histórica se realiza mediante

los textos, fuentes de la historia. En sentido estricto, la realidad histórica es inaccesible. El conocimiento de dicha realidad es fatalmente indirecto. Es a través de la densidad documental que el historiador se aproxima al hecho del cual no fue testigo; es por medio de conceptos y juicios que representa el pasado. Tal representación hace ilusoria la objetividad perfecta que algunos reclaman. La historia es inseparable del historiador que encadena las causas y los efectos. No obstante, lo que haga por resistirse honestamente contra estas tendencias, el historiador como todo escritor, se expresa a sí mismo en sus obras. No puede ver sin darle forma y color a lo que ve. La realidad varía según el punto de vista, el tiempo, la claridad, y de acuerdo al ojo de quien se esfuerza por asirla. No existe una realidad histórica, enteramente hecha ante la ciencia, que convendría simplemente reproducir con exactitud. La realidad histórica, por ser humana es equívoca e inagotable." ⁴

En nuestra opinión, el texto citado presenta claramente, sin resolverlo, el problema del objeto real y el objeto de conocimiento, o de la correspondencia entre proceso cognoscitivo acerca de la historia y proceso histórico real. Sin embargo, aunque la investigación científica tiene un innegable condicionamiento social (y éste afecta quizá más fuertemente la visión de procesos sociales recientes), y a pesar de que todo conocimiento es relativo a la época histó-

rica y no se constituyen, en el análisis de la sociedad humana, leyes absolutas sino más bien probabilidades, el relativismo extremo del autor conduce a posiciones idealistas o en todo caso a una negación, fatalista por lo tajante, de la posibilidad de conocimiento objetivo de la historia. La realidad social que existió (y cuya existencia comprobamos por sus huellas estructurales y testimoniales) fue una, contradictoria en sí misma, en su dinámica y sus conflictos, heterogénea pero no por eso inexistente como objeto real de la investigación histórica. El progreso de los métodos científicos de investigación en historia, la autocritica de la comunidad formada en este caso por historiadores sociales, y la comprobación o refutación práctica de sucesivas aproximaciones a la explicación del proceso histórico social, plantean la posibilidad de un acercamiento progresivo a la reconstrucción de los elementos fundamentales de sociedades pasadas, más allá de la subjetividad de cada historiador. La verdad histórica se profundiza constantemente, y ni las inevitables limitaciones intelectuales de todo investigador ni su toma de posición impiden que haga contribución efectiva, aunque parcial, al conocimiento de esa verdad. En otras palabras, el historiador social, aunque esté inmerso en la sociedad (como lo está inevitablemente, aun si él mismo lo considera un "mal" desde una perspectiva científicista), y aunque no pueda captar todos los aspectos de la realidad que estudia, puede conocerla en alguna

medida, la cual depende sobre todo del instrumento teórico y técnico acumulado por la humanidad y el uso que haga del mismo, en forma que puede ser más o menos creativa y correcta.

Otro tipo de explicación es la althusseriana, que al contraponer al objeto real un "objeto de conocimiento" que es el manejado por la ciencia como recurso metodológico o construcción "abstracta", convierte lo esencial de las cosas en algo irreal, que sirve para "pensar" la realidad aunque se afirme que ha sido "extraído" de ella. Así, "el concepto de modo de producción se refiere a un objeto abstracto, a una totalidad social pura, 'ideal' en la que la producción de bienes materiales se efectúa en forma homogénea" ⁵, y al referirse a sociedades específicas, "para designar esta realidad social históricamente determinada empleamos el concepto de formación social. Este concepto se refiere, como hemos visto, a una realidad concreta, compleja, impura, como toda realidad, a diferencia del concepto de modo de producción que se refiere a un objeto abstracto, puro, 'ideal' " ⁶. Para Althusser:

"El objeto de la producción, la tierra, el mineral, el carbón, el algodón, los instrumentos de producción, una herramienta, una máquina, etc., son cosas, ubicables, medibles: no son estructuras. Las relaciones de producción son estructurales —y el economista corriente por más que escudriñe los 'datos' o

'hechos económicos', los precios, los intercambios, el salario, la ganancia, la renta, etc., todos estos hechos 'mensurables', no 'verá', a ese nivel, estructuras. . ." ⁷

Como bien señala C. Prado, esta distinción entre objeto real y "objeto del conocimiento" lejos de resolver el problema de la relación entre realidad y verdad en la historia, lo oscurece o evade. Ciertamente que el investigador no busca en las cosas (que bien pueden ser efectos presentes de lo pasado) una esencia metafísica, sino su organización, su estructura, sus relaciones. Y las busca en ellas, en las cosas, penetrando más allá de la apariencia sensorial para encontrar lo que convierte a una cantidad de dinero, por ejemplo, en salario, precio, renta o ganancia, o si fuera del caso en tributo monetario o medida de cuenta para el trueque primitivo. Se trata por supuesto de las relaciones sociales, pero éstas no se desarrollan a partir de la actividad científica, sino de la vida material, social, cultural, etc. No es el historiador social quien construye las estructuras sociales, sino que su acción investigadora de las sociedades del pasado le permite descubrirlas y entenderlas. Si bien en términos vivenciales y empíricos su experiencia es nula o limitada si se compara con la de los hombres que vivieron dichas relaciones, su conocimiento de las mismas puede ser, sin embargo, más profundo.



A. Schaff se pregunta acerca de las causas por las cuales numerosos historiadores que trabajan con fuentes idénticas o similares, en una o varias épocas, pueden llegar de buena fe a conclusiones dispares y contradictorias. Luego de un extenso análisis histórico y filosófico, llega a la siguiente conclusión que reproducimos en extenso porque expresa en forma admirable un punto de vista que compartimos plenamente:

"... dos factores concurren a la reinterpretación constante de la historia: la aparición en el proceso histórico

de los efectos de los acontecimientos pasados, lo que constituye la 'significación' de estos últimos; el cambio de los criterios en la selección de los hechos históricos a consecuencia de un nuevo condicionamiento de las actitudes y de las opiniones de los historiadores. Ambos factores van ligados al presente, que es el futuro en relación con los acontecimientos pasados. Tal es el elemento racional de la concepción del presentismo."

"Pero ¿esta variabilidad de la imagen del pasado... no niega la objetivi-

dad del conocimiento histórico, la posibilidad de alcanzar la verdad objetiva en y por medio de este conocimiento? En absoluto, si no cometemos el error. . . que consiste en identificar el carácter objetivo de la verdad con su carácter absoluto. Las verdades parciales, fragmentarias, no son falsedades; son verdades objetivas aunque incompletas. . ." 8

Mencionemos ahora en forma resumida algunas implicaciones metodológicas de lo expuesto anteriormente para el trabajo del historiador social:

—Su objetivo es entonces la sociedad real del pasado, y al mismo tiempo determinados aspectos de relación, entre grupos de hombres, vale decir, con redundancia terminológica pero no conceptual, aquello socialmente relevante de "lo específicamente social".

—El estudio de su objeto requiere de una armazón teórica que le permita explicar la relación de los aspectos específicos con la totalidad social, instrumental que necesariamente toma prestado inicialmente de otras ciencias sociales, pero que no es totalmente adecuado a menos que lo reconstruya en función de sus necesidades particulares.

—Las sociedades del pasado y sus estructuras, crisis, fuerzas y movimientos son estudiados por el historiador social a través de sus huellas o efectos en el presente, de modo que la comprensión de la sociedad actual (para cada

historiador social en su época) puede contribuir a —en lugar de entorpecer— su comprensión del pasado social. Esto, como es lógico, en la medida en que logre desprenderse de prejuicios acientíficos y no instrumentalice mecánicamente su quehacer intelectual para eliminar o distorsionar aquellos aspectos de la historia que puedan oponerse a su punto de vista sobre el presente o futuro de las relaciones sociales.

—El estudio de las relaciones sociales en perspectiva histórica debe partir de investigaciones anteriores acerca de la estructura productiva, sus cambios a mediano o largo plazo, y las coyunturas económicas, sin cuyo conocimiento es estéril ensayar siquiera la explicación de los procesos sociales propiamente dichos, aunque éstos no obedezcan siempre a causalidades exclusivas ni inmediatamente económicas.

—La historia social debe proyectarse hacia los niveles superestructurales en sus implicaciones, e integrar los conocimientos acerca de aspectos de los mismos que sean factores explicativos de lo específicamente social o permitan matizar su comprensión.

—Los momentos de crisis social no pueden entenderse, sino en el contexto de las tendencias estructurales de lo social, y las luchas sociales particulares tampoco pueden desligarse del marco establecido por la cambiante correlación de fuerzas sociales, cuyo papel de-

pende a su vez de transformaciones en la sociedad de que se trata y en la formación económica general de la sociedad, a escala global, en cada época.

—La necesaria correspondencia del método con el objeto de la historia social implica no sólo que en términos generales el proceso de investigación y la formulación de modelos, leyes, etc., se adecue a la dinámica real de lo social, sino que la selección temática, planteamiento de problemas, búsqueda de fuentes, tratamiento y análisis de las mismas, sean congruentes con los puntos señalados anteriormente y pueda evitarse el condicionamiento excesivo de la investigación por la disponibilidad de fuentes. El descubrimiento y uso de éstas señala un límite objetivo, pero variable, de las posibilidades de investigación histórica. Por otra parte, la teoría y las técnicas de extrapolación permiten hacer generalizaciones probabilísticas en historia social.

c) Construcción de una historia social científica

Desde la fundación de los "Annales d'histoire économique et sociale" en 1929, esta corriente historiográfica francesa ha impulsado la rigurosidad metodológica de la historia en general, y especialmente de la orientada hacia

temas económico-sociales. Mediante el énfasis en la interdisciplinariedad y el desarrollo sistemático de las recomendaciones de Simiand acerca de la cuantificación, la Escuela de los Annales ha contribuido decisivamente a la transformación de la historia en ciencia, con la historia social como aspecto esencial aunque opacado un tanto por su vinculación subordinada a la historia económica.

En lo técnico, la historia serial y en general el tratamiento cuantitativo de las fuentes lograron un gran desarrollo, no sólo por los trabajos del núcleo ecléctico de los Annales, sino también por la contabilidad nacional de Marczewski y los historiadores marxistas franceses, para no hablar de aquéllos de otras nacionalidades. En lo tocante a historia social, específicamente, A. Daumard y F. Furet plantearon hacia 1959 que "científicamente hablando, no hay más historia social que la historia cuantitativa. . . Pero es necesario encontrar, y después explotar, documentos que, aunque cuantificables, son, sin embargo, muy complejos, porque describen estructuras profesionales y familiares muy diversas"⁹.

Vilar, por su parte, coincidiendo con Chaunu, escribía sólo tres años después: "La historia cuantitativa tiende, en última instancia, hacia una historia total"¹⁰. Por lo expuesto en las secciones anteriores, se comprende que a juicio nuestro ambas posiciones son compatibles, y señalan tanto la necesidad

como la posibilidad técnica de integrar el estudio cuantitativo de lo social en el contexto, también cuantitativo (en un sentido amplio, no excluyendo del análisis cualitativo), de una historia global de la sociedad.

La riqueza de fuentes y obras para la historia cuantitativa de Francia a partir de 1789 se evidencia en el trabajo de L. y Ch. Tilly, que citan numerosas fuentes casi inexploradas para la historia social francesa del período contemporáneo y más de un centenar de obras que tocan directamente sobre las relaciones sociales aplicando métodos cuantitativos.

En contraste con lo anterior, la crítica de R. Foster a la Escuela de los Anales no solamente señala el escaso grado de conceptualización y formulación de modelos matemáticos en la historiografía francesa, sino que además "los investigadores que contribuyen regularmente a los Anales parecen menos interesados en la 'teoría' o la metodología formal que ofrecen estas disciplinas (sociología, antropología, demografía, geografía, economía, sicología, lingüística, etc.) que en algunas de sus

técnicas y enfoques, que ellos adaptan, al parecer casi inconscientemente, a las fuentes disponibles"¹¹.

Como en todo estudio científico de la sociedad, en historia y específicamente en historia social, la teoría tiene un papel primordial que jugar. Pero en una de las corrientes que más ha contribuido a la construcción de la historia como ciencia, su desarrollo no ha sido comparable al de la técnica, cuantitativa o no, por varias razones.

La historia es una ciencia muy reciente si se compara, por ejemplo, con el desarrollo científico de la economía, y también respecto a su propia etapa precientífica. Este hecho implica simultáneamente que su recopilación de datos avanzó mucho hasta principios del siglo XX, pero no así su instrumental teórico-metodológico. Además, el énfasis ha sido más en lo económico de la historia, durante las fases iniciales de su constitución como ciencia, aunque sin dejar de lado lo social, en la medida en que se relacionaba directamente con la producción y distribución de bienes o servicios, pero no como objeto de estudio particular que ameritara por consiguiente una teorización especial.

Por lo demás, desde los años treinta hasta la actualidad el proceso de constitución de la ciencia histórica ha partido si se quiere de lo más simple hacia lo más complejo, enfatizando el manejo de datos, estableciendo algunas lí-



neas metodológicas propias, tomando prestados algunos elementos teóricos de otras ciencias sociales y naturales, y finalmente ensayando tímidamente la construcción de algunos modelos teóricos propios, delimitados temporal, espacial y temáticamente, v.g. en W. Kula. De modo que la teorización en historia no ha sido el punto de partida, sino el de llegada.

Así mismo, por su naturaleza misma la historia parte del estudio de caso, y solamente la profundización en numerosos casos representativos puede permitirle a los historiadores formular propuestas teóricas que puedan enriquecer los modelos, leyes y teorías generales desarrollados por otras ciencias. Como señala Vilar, "una teoría científica es una visión global y provisional de la realidad, que se modifica, o mejor se enriquece cuando ha agotado sus efectos por su avance práctico, y cuando choca, en la realidad, con un aspecto desconocido" ¹².

En historia social, la teorización tiene un doble significado que se desprende de la dualidad de su objeto: por una parte, se trata de **incorporar los aportes** de diversas ciencias y desarrollar un instrumental teórico propio, para comprender cómo se articulan históricamente los distintos niveles estructurales de la sociedad, los tiempos o duraciones variables, el problema de la determinación y la relativa autonomía de lo superestructural, el condicionamien-

to mutuo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, el papel de lo específicamente social (estructuras, fuerzas, movimientos y coyunturas) en la sociedad total, etc. Por otra parte, la historia social requiere de un trabajo teórico propio y de la incorporación de aquellos elementos teóricos desarrollados por otras ciencias y ramas de la historia, necesarios para comprender la especificidad de lo social, sus leyes internas y la forma en que éstas se relacionan con las de la sociedad en su conjunto, en especial, pero no solamente, con la economía; el modo en que las tendencias y coyunturas sociales se encuentran en el hecho social, el contacto e influencia recíproca de formas de relación social cualitativamente distintas, la subordinación y transformación de unas por otras, la composición de los grupos sociales (asociaciones, "grupos de presión", fuerzas sociales organizadas, estratos, clases, etc.).

En un caso y otro, la perspectiva histórica implica más que una proyección retrospectiva de los aportes teóricos desarrollados para la sociedad actual, aunque éstos pueden constituir —y de hecho han constituido— una base para la formulación de hipótesis generales que la historia ha comenzado a someter a prueba en su estudio de las sociedades pasadas, comprobándolas, profundizándolas, relativizándolas o desmintiéndolas. En el primer caso, se trata sobre todo de las teorías generales de la sociedad y de la historia, en sus diversas in-

terpretaciones y grados de desarrollo: v.g. enfoques fundamentalmente filosóficos como el hegeliano, antropológicos como el estructuralismo, económicos como el marxismo, en la medida (variable) en que cada uno de ellos intenta explicar la evolución histórica de la sociedad total. En el segundo caso, se trata de ensayos teóricos referidos a las relaciones sociales propiamente dichas, como la sociología funcionalista, la conceptualización del materialismo histórico acerca de la lucha de clases, las diversas teorías acerca de la relación entre el problema social y la cuestión nacional, el papel de las diversas fuerzas sociales, etc.

Creemos posible afirmar que a medida que se avanza en el planteamiento explícito de problemas teóricos en historia social, las técnicas y fuentes tenderán a desarrollarse en función de aquéllos, contrariamente a lo que parece haber sido la tónica predominante en muchos trabajos de investigación histórico-social, aunque con excepciones muy importantes dentro y fuera de la Escuela de los Anales. En nuestro medio, se trata además de adaptar y crear metodología apropiada a los problemas de investigación, fuentes y procesamiento de los datos que correspondan a posibilidades y necesidades históricamente determinadas y que, a fin de cuentas, se enmarcan en la problemática social de Costa Rica.

d) El historiador social y la sociedad



La historia social científica se ha desarrollado principalmente en Europa, y si bien sus antecedentes se remontan cuando menos al período de entreguerras, se ha consolidado como enfoque particular en el último cuarto de siglo. Un contingente importante de historiadores sociales europeos está formado por hombres que relacionan conscientemente su quehacer académico con los procesos sociales en que se desenvuelven. Parten, en su trabajo, de que la comprensión científico-social del pasado y del presente se enriquecen mutuamente; con frecuencia tienen una visión crítica de la sociedad actual, y en algu-

nos casos han participado activamente en organizaciones contestatarias.

Edward Thompson, historiador social inglés que tras romper con el Partido Comunista de su país en 1956 continuó participando en actividades de organización y educación populares, expresó, siete años después, claramente su oposición tanto al economicismo como al burocratismo en el prefacio de la que quizá sea su principal obra:

"Todavía hoy, opera la sempiterna tentación de suponer que la clase es una cosa. . . (y no una relación histórica). Se supone que la clase trabajadora tiene una existencia real susceptible de ser definida casi matemáticamente: cuántos hombres están en una determinada relación respecto a los medios de producción. Si se acepta esta afirmación, es posible entonces deducir la conciencia de clase que ésta debería tener (pero que raras veces tiene) si la clase en cuestión tuviese una apropiada conciencia de su posición particular y de sus intereses reales. Existe una superestructura cultural a través de la cual este reconocimiento se manifiesta de modo ineficiente. Estos retrasos culturales, estas distorsiones, constituyen un elemento molesto y pernicioso, hasta el punto que es fácil pasar de aquéllos a cualquier tipo de teoría de sustitución: un partido, una secta o incluso un teórico, que revelan la conciencia de clase, no como es en realidad, sino como debería ser." ¹³

En la interpretación histórica proyectamos fácilmente una imagen preconcebida acerca de las relaciones genéticas entre procesos sociales pretéritos y la sociedad actual, o entre un período y el siguiente. Conocemos el resultado final de un proceso evolutivo o revolucionario, y tendemos a privilegiar los factores que demostraron ser decisivos. Incluso, asignamos frecuentemente a procesos embrionarios una significación que no se deduce del análisis de las relaciones sociales en aquella época, sino de sus efectos posteriores.

Es cierto que una estructura históricamente determinada se comprende mejor si la estudiamos desde sus orígenes. También lo es que las tendencias truncas de la historia, aquéllas que fueron contrarrestadas o anuladas por otras, se han escrito con minúscula en los cuadernos del positivismo. Esta es la verdad a medias reflejada en la afirmación de que "la historia la escriben los vencedores". Sin embargo, la interpretación del pasado exclusivamente en función de su futuro distorsiona la complejidad causal de la historia y, de paso, el papel no tanto del azar, v.g. biológico, como del hombre social.

A la inversa de una cliometría retrospectiva que introduzca variantes "experimentales" en modelos del pasado para determinar luego sus "efectos" posibles, probables o inevitables, podemos limitar nuestro papel al de explicar cómo sucedió lo que habría de suceder:

cómo nació una relación de clase, cómo se estableció un determinado régimen sociopolítico, por qué prevaleció un cierto tipo de producción, etc. Indudablemente el hacerlo tiene validez, siempre y cuando insertemos esa información en una visión global de la sociedad tal como era, de modo que podamos explicarnos las vivencias de sus miembros, las alternativas planteadas objetiva o subjetivamente y, si se quiere, los "distintos futuros" que se abrían, o parecían abrirse, ante aquel presente de los hombres en sociedad.

En el estudio de los procesos de transición, especialmente de aquéllos



que son el antecedente inmediato de las sociedades contemporáneas, existe además el riesgo de ubicar demasiado temprano el surgimiento de nuevas relaciones sociales y de formas de conciencia social correspondientes. Al concluir su estudio sobre **La composición social de los insurgentes de París (1789-1791)**, G. Rude advierte que:

"debemos evitar cualquier impulso a exagerar el significado de esas distinciones sociales y no debemos ver, como hace Daniel Guérin, la expresión de una conciencia de clase 'proletaria' donde ésta todavía no había tenido tiempo de desarrollarse. No es extraño que en las condiciones sociales de la época fueran todavía bastante raros los movimientos diferenciados de los trabajadores y que casi siempre el trabajador estaba aliado con el pequeño tendero o el maestro artesano que tenían con él un interés común en la oposición a las pretensiones del gran comerciante, del contratista y del monopolista, ya fuera noble o burgués. Eso justifica el uso de términos como **sans-culottes** y **menu peuple**, que carecen de la precisión de la terminología social de nuestros tiempos pero sirven para reflejar con bastante exactitud las condiciones sociales de aquellos momentos." ¹⁴

Cabe señalar que en otra parte de la misma obra, el autor citado generaliza para el Tercer Mundo de los siglos XIX y XX sus conclusiones acerca de

las características de los disturbios "preindustriales", extraídas del estudio de los mismos en París y Londres durante el siglo XVIII. Aún a manera de hipótesis, dicha generalización parte del supuesto (ideológico) de que unas y otras sociedades "preindustriales" son comparables en la medida en que comparten rasgos básicos, de alguna manera vinculados al "estadio" inmediatamente anterior a la "industrialización". Resulta casi innecesario mencionar que tras las similitudes formales hay profundas diferencias estructurales internas, de relación externa y en general de época histórica. Razón de más para valorar la cautela con que la historia social europea reexamina su propio pasado, evitando por nuestra parte el traslado mecánico no sólo de sus conclusiones, sino de su instrumental teórico-metodológico.

Thompson, por su parte, advierte también contra el peligro de proyectar hacia el pasado las categorías del análisis social contemporáneo, pero va más allá al proponer y ejemplificar un enfoque metodológico en que las categorías analíticas respondan explícitamente a la realidad vivida por los hombres de la época estudiada. En un artículo publicado hace dos años y que se titula "¿Lucha de clases sin clases?", Thompson refina su análisis de la sociedad inglesa del siglo XVIII a la vez que critica la visión estática de las clases y también, en forma implícita, la contraposición de "clase en sí" y "clase para sí":

"Las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico..."

"Las clases acaecen al vivir los hombres y las mujeres sus relaciones de producción y al experimentar sus situaciones determinantes, dentro 'del conjunto de relaciones sociales', con una cultura y unas expectativas heredadas, y al modelar estas experiencias en formas culturales. De modo que, al final, ningún modelo puede proporcionarnos lo que debe ser la 'verdadera' formación de clase en una determinada 'etapa' del proceso." ¹⁵

Por supuesto, también el historiador social vive (según su posición en la sociedad) y percibe, de una u otra forma, un conjunto de relaciones entre las cuales evidentemente son básicas las de clase. Lo que es medular para la com-

preensión del pasado social también lo es para el presente, que además puede ser transformado.

Hasta ahora nos hemos referido casi exclusivamente al problema de las clases en la historia social europea, con referencia a estudios sobre el período de transición del capitalismo agrario y comercial al capitalismo industrial. En América Latina, el objeto de estudio del historiador social presenta características particulares que resultan del desarrollo histórico de nuestras sociedades.

En especial, la dominación externa y su "interiorización" hacen que las estructuras sociales no se transformen exclusivamente por la dinámica de sus procesos internos, y la mediatización de las relaciones de clase por la cuestión nacional adquiere una importancia primordial. El hecho de que formas no capitalistas de producción persistan paralela y complementariamente a un desarrollo capitalista, a su vez centrado inicialmente en el sector agrícola, pecuario y extractivo, hace que se redefina históricamente su función. Algo semejante ocurre, v.g. con la propiedad parcelaria, que interviene como factor de la reproducción de la fuerza de trabajo en muy diversos contextos de relación social. Los cambios a nivel internacional y en las relaciones de fuerzas al interior de las sociedades latinoamericanas, a lo largo de los siglos XIX y XX, llevaron a replanteamientos sucesivos del

contenido de las luchas nacionales y de sus bases de apoyo social. Estos y otros elementos hacen necesario un esfuerzo teórico y de investigación empírica por desentrañar en cada caso los rasgos sociales específicos del subdesarrollo capitalista dependiente.

La tarea de caracterizar en cada período los determinantes objetivos de las contradicciones sociales y nacionales, así como de sus formas de entrelazamiento, es por supuesto una tarea no sólo académica, sino que contribuye a identificar los sectores que conforman históricamente "la nación" y "el pueblo", cuya existencia como unidades sociales no se desprende de categorías abstractas sino de experiencias concretas vividas en común.

Como lo expresa Vilar, "las revoluciones populares más eficaces son las que se vinculan a la resistencia antiimperialista de los grupos nacionales; la 'nación', la 'patria', el ejército, se convierten en hechos masivos y no en instrumentos en manos de unas minorías. Parece como si nos halláramos ante un nuevo 'relevo' en la disposición a asumir las realidades nacionales de larga duración por parte de una clase social"¹⁶.

Finalmente, en lo que se refiere a las formas organizativas, el estudio histórico-social permite superar la visión idealizante que asigna un papel desmesurado a clases aún no plenamente co-

1. DUBY, Georges. "Histoire sociale et idéologies des sociétés", en *Faire de l'histoire*. París. Gallimard, 1974. P. 157. (Hay edición española).
2. HOBSBAWM, E.J. "From Social History to the History of Society", en *Daedalus*, 1971. Ud 1, N° 100. Pp. 24-25.
3. VILAR, Pierre. Entrevista en *Aujourd'hui l'histoire*. París. Editions Sociales, 1974. P. 126.
4. HALKIN, León E. "Initiation a la Critique Historique", en *Cahiers des Annales* N° 6. París, 1973. P. 50.
5. HARNECKER, Marta. *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Méjico. Siglo XXI, 16 ed., 1971. P. 143.
6. Op. cit. P. 146.
7. ALTHUSSER, Luis. En *Lire le Capital*, citado por PRADO, Caio. *O Estructuralismo de Lévi-Strauss, o Marxismo de Louis Althusser*. Sao Paulo. Editora Brasiliense, 1971. P. 95.
8. SCHAFF, Adam. *Historia y verdad*. Méjico. Grijalbo, 1974. Pp. 332-333.
9. Citados en Louise A. Tilly, "Documentos para la historia cuantitativa de Francia desde 1789", en LANDES y otros. *Las dimensiones del pasado*. Madrid. Alianza, 1974. P. 121.
10. *Ibíd.* P. 123.
11. FOSTER, Robert. "Achievements of the Annales School," en *Journal of Economic History*. Vol. 38, N° 1, 1978. P. 71.
12. VILAR, Pierre. *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona. Ariel, 3 ed., 1976. P. 363.
13. THOMPSON, Edward. *La formación histórica de la clase obrera*. Barcelona. Editorial Laia, 1977. Tomo I. Pp. 8-9.
14. RUDE, George. *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*. Barcelona. Ariel, 1978. P. 113.
15. THOMPSON, Edward. *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona. Editorial Crítica, 1979. Pp. 37-38.
16. VILAR, Pierre. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona. Editorial Crítica, 1980. Pp. 199-200.

BIBLIOGRAFIA

DUBY, Georges. "Histoire sociale et idéologies des sociétés", en varios, *Faire de l'histoire*. París. Gallimard, 1974. (Hay edición española).

FOSTER, Robert. "Achievements of the Annales School", en *Journal of Economic History*. Vol. 38, N° 1, 1978.

HALKIN, León E. "Initiation a la Critique Historique", en *Cahiers des Annales* N° 6. París. 1973.

HARNECKER, Marta. Los conceptos elementales del materialismo histórico. Méjico. Siglo XXI, 16 ed., 1971.

HOBSBAWM, E.J. "From Social History to the History of Society", en *Daedalus*. 1971. Vol. 1, N° 100.

PRADO, Caio. O Estructuralismo de Lévi-Strauss, o Marxismo de Louis Althusser. Sao Paulo. Editora Brasiliense, 1971.

RUDE, George. Protesta popular y revolución en el siglo XVIII. Barcelona. Ariel, 1978.

SCHAFF, Adam. Historia y verdad. Méjico. Grijalbo, 1974.

THOMPSON, Edward. La formación histórica de la clase obrera. Barcelona. Laia, 1977.

_____. Tradición, revuelta y conciencia de clase. Barcelona. Editorial Crítica, 1979.

TILLY, Louise A. "Documentos para la historia cuantitativa de Francia desde 1789", en varios. Las dimensiones del pasado. Madrid. Alianza, 1974.

VILAR, Pierre. Entrevista en *Aujourd'hui l'histoire*. París. Editions Sociales, 1974.

_____. Crecimiento y desarrollo. Barcelona. Ariel, 3 ed., 1976.

_____. Iniciación al vocabulario del análisis histórico. Barcelona. Editorial Crítica, 1980.
